

dor no hay un verdadero poeta, porque en todo creador se encuentra un imbécil. Sí, señorita, no ponga esa cara de asombro. Los cimientos de toda creación han sido fabricados por un imbécil. Cuando uno es demasiado lúcido se analiza y eso nunca ha sido bueno en literatura. Yo escribo para ver más claro, porque soy ante todo un hombre inquieto que no puede sentarse en una pirámide para ver el mundo, examinarlo y enjuiciarlo, sino que tiene que participar en todas las circunstancias de la vida. Mi función de escritor me obliga a ver claro.

—Dígame, señor Supervielle ¿por qué en casi todas sus novelas cortas o cuentos, usted se transforma ya sea en un gato, en una mosca o en un árbol... Bueno, usted no, pero sus personajes...

—Continuamente me hallo obsesionado por las metamorfosis. Yo mismo estoy en continua metamorfosis, en perpetua mutación. Sigo asombrándome ante todo lo que me va a pasar durante el día. Creo en la juventud y creo, sobre todo, en mi propia juventud. Además, el poema es juventud impeccedera.

—¿Y qué es lo que más placer le causa en la vida?

—Lo que más me entenece es ver que la gente me quiere bien. La revelación humana es para mí más importante que la revelación poética.

—Pero para ser poeta, un buen poeta, se necesitan las dos revelaciones: la humana y la poética.

—Sí, sí, la humana y la poética, o la divina. Pero no divaguemos. Pregúnteme usted lo siguiente.

—¿Cuál es su héroe de novela favorito?

—Don Quijote.

—(Claro está que Supervielle, largo, flaco e incongruente como es, tenía que escogerlo como héroe. Yo no sé por qué, pero al imaginarme a Don Quijote, siempre lo había visto como veo ahora a Supervielle. Con una nariz larga, los ojos sumidos, siempre ausente, embistiendo con su lanza los molinos de viento con un aire distraído y un poco cansado).

—¿Qué otros héroes tiene usted, señor Supervielle?

—Robinson Crusoe. Un pickpocket en Londres, Mowl Flanders de Defoe. Y las novelas que más me gustan son *Manon Lescaut*, *La Princesse de Clèves*, Proust evidentemente, y los novelistas ingleses porque son sin duda los maestros del género. Lo llevan a uno de la mano sin soltarlo jamás. ¡Esto es tan importante en la novelística!...

—¿Qué personaje histórico le ha impresionado más?

(Levanta su mano Supervielle con un ademán de cansancio).

—Le diré que yo no creo mucho en la historia. *Creo más bien en la leyenda.*

—¿Pero en cuáles leyendas? Napoleón y Carlo Magno tan histéricos e históricos se van a poner furiosos. Por favor cíteme el hecho histórico que más le haya impresionado.

—Pero es que no veo ninguno. Tiene usted razón. Vamos a buscar bien... Un hecho histórico... Un hecho histórico. A ver, a ver... Ayúdeme señorita... Pero es que todo se me vuelve legendario. Yo creo en lo desconocido, en lo imposible, no en los hechos históricos. Mejor hablemos de Barba Azul. Barba Azul se enamora de la Bella Durmiente, y el Gato con Botas, servidor y hombre honrado del que nada debe temerse ayudará a la joven.

La madrina, para proteger a la Bella de Barba Azul, la duerme. En realidad le estoy contando mi obra de teatro *La Belle au bois* que se representó en Montevideo. La traducción es de mi yerno.

—¿Y a poco a usted le gusta Barba Azul?

—Me parece un personaje de lo más atractivo, y en la última versión, todos estamos con él, deseando que no le pase nada, porque después de todo no es su culpa si nos es tan simpático. En mis obras, el villano es siempre encantador. Pasa lo mismo en *Sherezada* y en el *Robachicos* porque el que roba a los niños sabe hacerlo y lo hace bien. Esta obra la puso Margarita Xirgu, traducida por Alberti.

—¿Quiénes son sus heroínas de ficción favoritas?

—La Bella Durmiente, Sherezada, Rosalinde, Juana de Arco, que de tan increíble es casi una heroína de ficción.

—¿Cuál es su pintor favorito?

—Ay, ¡me gustan tantos! Pero puede usted mencionar entre otros a Rembrandt y a Van Gogh.

—¿Cuál es su músico predilecto?

—¿Mi música? La de Bach y de Mozart. Mozart sabe transformar lo cotidiano en feérico.

—¿Cuál es su cualidad preferida en el hombre?

—La profundidad.

—¿Y en la mujer?

—Uy ¡tantas cosas que me vienen ahorita a la mente! Entre otras el encanto femenino. Pero quizá lo que prefiero en la mujer es que sea la compañera, es decir, que sepa compartir y *comparta* totalmente la vida del hombre.

—¿Cuál es su virtud favorita?

—En los demás, la comprensión.

—¿Podría usted definirme su propio carácter?

—Ya le he dicho que soy distraído.

—¿Pero qué impresión les deja a los demás, a todos aquellos jóvenes que admiran su obra?

—Justamente. He aquí el drama. Hay

muchos jóvenes y jovencitas que me escriben pidiéndome opiniones acerca de lo que escriben, que si tienen talento, que si vale la pena continuar... Yo trato de contestar a aquellos que tienen talento, pero mi propia salud me deja tan poco tiempo que a veces no puedo ser justo.

—¿Cuál es su distracción favorita?

—El teatro y mi propia imaginación. Tengo una gran facilidad para vivir en la irre realidad. Fíjese usted, tengo tendencia a irrealizar la fábula.

—¿Cuáles defectos cree usted tener?

—Yo creo que entre los muchos que tengo, mi peor defecto es la dificultad para permanecer atento. Por ejemplo, ahora me siento ya cansado, distraído y dentro de poco no sabré ya contestar.

—¡Ah! Entonces me voy a dar prisa. ¿Cuál es su color favorito?

—Todos los colores apacibles.

—¿Cuál es su flor favorita?

—La rosa. Aunque sea muy anticuado declararlo. Como dirían los franceses: "Ce n'est pas à la mode".

—¿Cuál es su pájaro favorito?

—El xajay. Un pájaro enorme.

—¿Cuáles son los escritores que más le han impresionado?

—Shakespeare, Molière, Mallarmé, Beaudelaire, Nerval, Melville y los metafísicos ingleses, John Donne y Blake.

—Y de Kafka, ¿qué opina usted?

—Fíjese que he descubierto que el precursor de Kafka fue Melville. En *Bartleby*, ese hombre que trabaja en una oficina y que se convierte en un fantasma a base de pasividad e indolencia.

—¡Qué curioso! Borges, el argentino, ha dicho lo mismo que usted. Melville prefigura a Franz Kafka.

—¿Cómo desearía usted morir?

(Supervielle se pasa la mano por el rostro).

—Señor Supervielle, esta es mi última pregunta. No voy a hacerle ninguna más.

—Claro que no. Si ya me mató usted. ¿Cómo me gustaría morir?... Durmiendo. Dormirme y amanecer muerto.

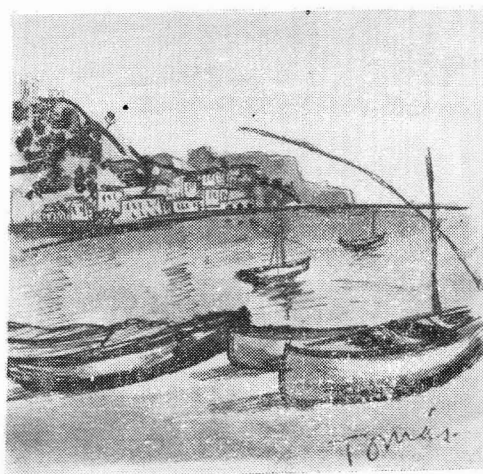
NOTAS DE VIAJE

Por Tomás SEGOVIA

VI

Divagación mediterránea

DESDE el primer momento, la idea de ver el Mediterráneo fué, entre todas las que el viaje proyectado despertaba en mí, la que más impaciencia



e inquietud me producía. Y sin embargo, salvo la laguna de Venecia con niebla (que no es el mar sino su alma), no lo vi hasta el final. Seguramente fue mejor así: tal vez, desde esa orilla ya vivida, saturado de los paisajes y figuras que rodean constantemente al hombre mediterráneo, veía ya un poco ese mar con sus ojos. Bien poco, sin duda, pues ni siquiera podía valerme el hecho, sabido, pero no recordado, de haber nacido en otra orilla cercana de ese mismo mar. Y no obstante casi me parecía a ratos que aquellos hechos anteriores a mi memoria, había otra memoria oscura, carnal, para la que no estaban del todo borrados. No es que hubiera previsto cómo iba a ser aquello, pero una vez allí me invadía una sensación de naturalidad, de evidencia, la sensación de que no podía haber sido de otro modo y de que lo había sabido siempre. Si yo tenía tanto que descubrir, mis ojos corporales, en cambio, parecían abrirse en aquella luz como en su ambiente natural y corresponderse espontáneamente con ella. Esa correspondencia era reconocer, o para mí como si lo fuera: la diferencia me escapaba.

De Roma a Niza, en tren, me esperaba casi doce horas de recorrido por el litoral; un recorrido que se apega a las sinuosidades de la orilla con una proximidad y una obstinación casi inverosímiles. Allí estaba pues aquel Mediterráneo que tanto había ansiado ver, y la fuerza de aquella ansiedad no disminuía en nada el frescor del encuentro. Nunca he entendido bien a esas personas que se sienten sistemáticamente decepcionadas por la realidad. Un Proust, por ejemplo, ha hecho de esta especie de impotencia una verdadera grandeza; pero si lo ha *hecho* es porque sabía muy bien que era eso: una impotencia, una falla, una enfermedad. Para mí es incomprensible la satisfacción con que a menudo he visto hacer alarde de tal impotencia. A esos seres les irrita sin duda que la realidad no corresponda literalmente a la imagen que se habían hecho de ella. Pero lo verdaderamente decepcionante ¿no es precisamente que la realidad corresponda punto por punto a lo que hemos imaginado, sin una sorpresa, sin una originalidad? Esta propiedad que tiene la realidad de no parecerse nunca a su imagen mental, aunque en abstracto esta imagen contuviera todos los datos necesarios, de ser siempre sorprendente incluso cuando es más esperada, de ser justamente independiente del espíritu, es para mí lo que le da su profundidad y la hace tan maravillosa y lo que en ella nos enamora. Las satisfacciones del soñador me parecen en comparación bien pobres, sujetas como están a un funcionamiento en cierto modo mecánico que me exaspera. Creo que les falta un poder a mis ojos decisivo y que lo real tiene a menudo: el poder de satisfacernos sin necesidad de haberlo deseado deliberadamente por anticipado. Si alguien encontrara una mujer literalmente como la ha soñado, dudo mucho que se enamorase de ella, y ni siquiera que se alegrase de haberla conocido (a menos que la haya soñado con medio millón de dote o excelente cocinera). Pero los pocos que han conocido el verdadero amor me parecen todos avasallados por los seres más imprevistos.

Este respeto de lo real, al que en el fondo he aspirado siempre, y que está asociado para mí con la idea de la salud y de la madurez, en ningún sitio hubiera podido sentirlo mejor que allí, frente a aquel Mediterráneo que es ante todo el mar de Grecia, o sea el mar de la luz. Qué bien entendía, mirándolo, esta relación que hay entre Grecia y la luz. Porque era un mar de luminosidad, casi un puro resplandor; no el resplandor de las aguas que reflejan los rayos del sol, sino como si la luz le saliera de dentro. A través de la limpidez de la superficie, lo que se veía no era el fondo oscuro del mar, sino otras capas de agua que parecían justamente más límpidas y radiantes, como si aquellas profundidades estuvieran iluminadas por el gran sol blanco y frío de la pureza. Era la sensación rarísima de un agua inundada. Borbotones de luz la inundaban como ella misma inundaría. Y si a ratos, sin poder casi evitarlo, me parecía ver el barco de Odiseo navegando a lo largo de esas costas, era una marea de blancura lo que surcaba una luminosidad hecha trémula y móvil gravidez.

Grecia, puesto que es clásica, es inagotable y dócil, y si volvemos siempre a caer en ella como en el centro hacia el cual gravitamos, es también sin duda

porque allí donde pueden encontrarse las más diferentes cosas cada uno encuentra lo que pide. Pero esto no es sino la prueba de lo viva que está. Ya dijo Juan Ramón que lo clásico es lo vivo, y lo muerto es aquello donde nunca encontraremos lo que tal vez ya llevábamos dentro, sino sólo lo que antes ha sido colocado allí como el artefacto de relojería del ruiñón mecánico. Por eso nada hay más clásico que Grecia, porque nada hay más libre y abierto, y por eso las épocas, las generaciones, los individuos han podido definirse siempre por lo que encuentran o buscan en Grecia.

Yo encontraba pues, en ese mar que era para mí el único rostro visible de Grecia, el gozo homérico de vivir en la luz de esta tierra y en el mundo de los vivos. Esa luminosidad era la que los héroes de la *Iliada* amaron tan conmovidamente, y la que Homero cantó y entendió como nadie. Lo más peculiar que nos ha dejado Grecia es ese acento único e incomparable, esa sinceridad, esa ternura con que supo hablarnos de la dulzura de la vida y de la dicha de respirar bajo este sol. El peor crimen para el griego es manchar esa limpidez. Edipo siente que su falta corrompe el aire y mancilla la pureza de la vida, y por eso la expía imponiéndose él mismo el castigo más cruel: la ceguera, el exilio de la luz. En la picaresca, por ejemplo, el culpable —héroe, autor— se impone el castigo contrario: vivir con los ojos bien abiertos. Seguramente es también una forma de expiación, pero el castigo aquí consiste en vivir. La picaresca me parece casi la única expresión comparable a la tragedia griega en cuanto a la vehemencia de la idea del destino, es decir de la relación entre el individuo y el orden total, entre la persona y la Ley, y en cuanto a la tremenda importancia de la mancha y de la virtud. Pero aquí hay que vivir, a pesar del dolor y del mal, porque lo contrario sería sustraerse a un castigo que el Bien nos impone; mientras que en Grecia hay que vivir porque lo contrario sería sustraerse a la bondad y a la dulzura que el Bien nos regala, a pesar del mal y del dolor.

Para nosotros, herederos del cristianismo, será siempre sorprendente en el fondo que los griegos hayan podido vivir sin prometerse paraísos futuros. Ciertamente desde hace unos siglos alardeamos de tener un alma suficientemente viril para vivir sin esperanza. Pero se-

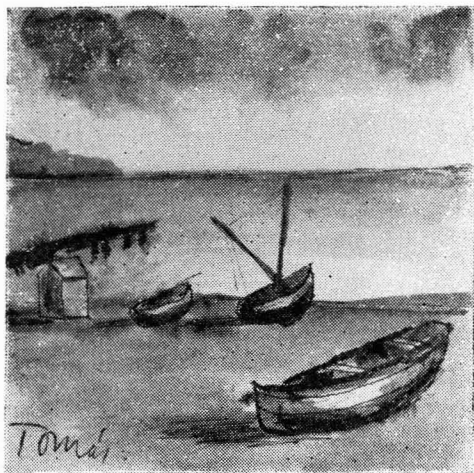
guimos inventando paraísos que ganar y profetas que seguir. Imagino que a un griego le sorprendería en cambio que necesitemos tanto justificarnos por estar vivos. Es fácil figurarse que a los romanos el cristianismo les pareciera una religión de esclavos. Los griegos no se sintieron nunca pueblo elegido, sino pueblo que elige, es decir libre, y por eso no produjeron profetas sino poetas. El poeta griego, creador de mitos, fundador de fidelidades, es el testimonio más extraordinario de ese hombre, para nosotros casi inimaginablemente libre, que debió de ser el heleno. Que los sentimientos religiosos hayan podido ser propuestos —no impuestos— por unos hombres, y aceptados por otros, sobre la sola autoridad de su inspiración, su sensibilidad o su penetración, me parece el signo de una de las cúspides supremas de la historia del hombre. Estos sentimientos religiosos me parece evidente que existieron, y profundamente, en Grecia. Es cierto que la mitología, como se ha dicho a menudo, tiene poco de religioso. Pero es que la idea religiosa de la vida no surgió de esa mitología, sino al revés, y ese sentimiento general y difuso nos cuesta trabajo imaginarlo, porque estamos ya demasiado acostumbrados a relacionarlo con el desprecio de la vida y con la institucionalización dogmática. Y sin embargo, si el concepto central de lo religioso es el de lo sagrado, es evidente que los griegos fueron religiosos, y tal vez más que nosotros, puesto que lo sagrado entraba en gran proporción en todas las prácticas de su vida. Un cristiano como Rudolph Otto ha podido mostrar, y con gran maestría, cómo en este concepto (que él llama de lo *numinoso*) están implícitos todos los caracteres de lo religioso, incluso, aunque acaso sin desarrollo y fijación, el carácter trascendente. Todavía podemos ver cuán profunda es la vida religiosa de los hinduístas, cuyas creencias no están fijadas sin embargo en un cuerpo de doctrina autoritario. Para los griegos evidentemente lo sagrado era la vida, y por eso la cara del cristianismo que mira a este mundo está impregnada de pensamiento griego. Entre las virtudes cristianas, la caridad, que es la más característica con relación a sus antecedentes hebreos, es también la más terrestre y la más claramente griega.

Esta tradición tal vez no se haya interrumpido del todo. Pienso por ejemplo en el famoso soneto que empieza:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido...

Es un poema que solemos escuchar, de tan consabido, sin atender a lo que dice. Y sin embargo es una de las cosas más griegas que se han dicho desde el cristianismo. Pienso también en la tesis, ortodoxa si las hay, del Segismundo calderoniano. Cuando está ya convencido de que la vida es sueño, la conclusión que Segismundo saca de ello es en verdad sorprendente: no se le ocurre seguir despierto a todo trance, como era de esperarse, sino que exclama: "¡Soñemos, alma, soñemos!" Este grito, que es una verdadera invitación, una invitación entusiasta, a su alma inmortal —despierta— está claro que no es de resignación. Segismundo tiene *ganas* de vivir. Claro que estas ganas no son las mismas que las de Odiseo, pero tal vez las valen. Segismundo, en el fondo, sabe que después despertará y tendrá que rendir cuentas:





es lo que sucede en *El gran teatro del mundo*. Pero lo que se le exigirá es haber soñado a fondo y como es debido, y no haber estado medio despierto o haberse hecho el dormido. Tiene que vivir la vida, sabiendo que es sueño, como si fuera verdad: esta es la ley con que después se le juzgará, y esta es la misma ley con que Odiseo se juzgará a sí mismo, pero sin esperar a después: sólo por eso Odiseo no sueña.

Sí, frente a la claridad casi heroica del Mediterráneo era fácil comprender que al griego no le haya fallado nunca el sentimiento violento y exaltado de lo real, que nunca la vida le haya parecido fantasmal, dudosa o imaginaria. Pocos días antes, en Roma, había leído un libro de poemas de Salvatore Quasimodo: *La vita non è sogno*. ¿Es posible que sólo por azar Quasimodo, gran conocedor y traductor de la poesía griega, haya escogido este título? Pero lo que me impedía desesperar del todo de la pervivencia de Grecia, lo que me persuadía de que todavía hoy es posible tal vez mirar esa luz sin mancharla, es que me sentía unido ininterrumpidamente a aquella tradición. Sabía que Segismundo no podría negar que la vida es sueño, pero me parecía que en medio de esta actitud general, lo que su actitud particular me decía es que la vida es como si no fuese sueño. Veía después el Renacimiento, todos los renacimientos, hasta llegar a Hölderlin, que es tal vez, entre todos los que se han sentido griegos de alma, el único que no se equivocaba. Grecia renació, renace, renacerá sin cesar. La fidelidad a la vida, el respeto de lo real y el amor a este mundo que nos ha legado serán ya siempre nuestros. Frente a aquella deslumbrante hermosura que parece consumirnos, en aquella luminosidad donde la espuma estalla como una evidencia, con una blancura que quema los ojos, era natural que los puritanismos fuesen imposibles. ¿Cómo rechazar, por impura, esa hermosura visible? Allí, por el contrario, la realidad nos enamora, nos cautiva, nos ata, y nos reconocemos suyos, queremos amarla como es y compartir su impureza, su precariedad y su muerte.

Y de pronto, la certidumbre de que todo aquello podía renacer, como puede renacer cualquier parte de Grecia, me hacía ver la historia de un modo diferente. La verdadera historia nace en Grecia y no es otra cosa que la posibilidad de los renacimientos. Esa sensación de riqueza, de vitalidad, de turbulencia, que me producía por ejemplo Roma, sin duda no venía tanto de la cantidad de esa riqueza, sino de esa conciencia de que toda ella está viva, de que cualquier

parte de su pasado puede renacer en cualquier momento. Este enriquecimiento que la historia da a los pueblos mediterráneos no consiste en que les proporcione mucho pasado, sino mucho presente, y hasta futuro. Estos pueblos tienen una vejez habitada de juventudes, numerosas y con todo su frescor. Si casi todos los rejuvenecimientos hay que ir a buscarlos a Grecia, no es porque ella haya sido más joven que nosotros, que también lo fuimos, y también ella envejeció, sino porque su juventud pasada vive al lado de su vejez presente, y con ella todas las juventudes que la historia ha conocido. Vive y revive, como ya revivió en

Roma, y en el siglo XVI, y muchas otras veces. Está en la historia, en esa otra historia que es pervivencia y no negación mesiánica de la pervivencia.

Así, cuando llegado a Niza puede meter los pies en aquel agua transparente del Mediterráneo, el frío macizo que me iba invadiendo todo el cuerpo me parecía casi la temperatura de la limpidez, y me sentía bañado por una luz disuelta en las ondas y que era la luz de Grecia: una luz dulce, pura y terrestre, de la que nunca, una vez conocida, puede renegarse, y a la que nos ata libremente el lazo de la fidelidad, que es la forma mortal de la esperanza.

ARTES PLASTICAS

HOMENAJE A DIEGO RIVERA

Por Justino FERNANDEZ



"un pintor de nuestro tiempo"

No sé si porque un gran artista cumple setenta años esté bien hacer, como diría un contador, "el balance", o, como diría un detective: "la reconstrucción de los hechos"; sin embargo, se impone en ciertos momentos considerar en conjunto su creación, sobre todo en el caso de Diego Rivera (nacido en Guanajuato el 8 de diciembre de 1886), trabajador infatigable, cuya obra abarca centenares, si no es que miles, de metros de pintura al fresco, de cuadros y dibujos.

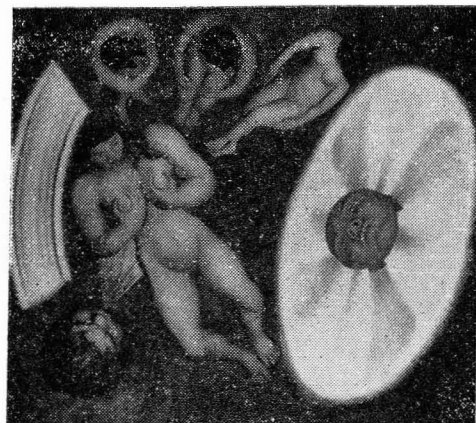
Ahora bien, "hacer el balance" sería *a posteriori*, porque ya lo hemos hecho en otras ocasiones; "hacer la reconstrucción de los hechos" es tarea larga y no para este sitio y ocasión; ni siquiera podríamos cargar sobre los hombros de nuestra memoria y de nuestra conciencia "todos los hechos", ni tenemos, por aho-

ra, interés en su "reconstrucción"; más bien queremos y tenemos que olvidar mucho para recordar tan sólo algunas obras o momentos de singular brillantez y calidad en la pintura de Rivera.

Quiero expresarme esta vez sin el aparato crítico que es necesario, a mi parecer, para juzgar del arte que verdaderamente lo es; cuando se ha ejercitado, en cierta medida, esa tediosa tarea que acompaña a la crítica que aspira a llamarse tal, creo que se puede hablar con franqueza y libertad de aquello que más nos guste. Por otra parte, como el pintor no parece tener en muy buena opinión a la crítica de arte, si bien él mismo se ha ejercitado en ella con maestría, es cuestión de presentarle un homenaje de aniversario en forma llana.

Gusten más o gusten menos sus obras; se esté en acuerdo o en desacuerdo con lo que ha expresado, es indudable que Rivera es un gran pintor de nuestro tiempo; podemos aceptar y estimar algunas obras suyas más que otras, se pueden dejar varias a un lado, sin comentario, pero no se puede negar que el arte del siglo XX no sería lo que es sin Diego Rivera. Su fama ha pasado allende nuestras fronteras. Ha dado guerra y ha tenido desplantes geniales. En más de un modo es un artista, un gran artista cuyas dos cualidades más aparentes son su inteligencia y su sensualismo, que en su obra se manifiestan en las grandes composiciones y en su dibujo y colorido.

Sus pinturas cubistas son de primer orden. Con qué gusto se ven aquellos cuadros: *Hombre del cigarrillo*, *Joven con sweater*, *Retrato de un pintor* y *El despertador*, todos de color restringido y refinado, que se reserva el artista hasta que explota en un *Paisaje de Mallorca*, que sin aviso podría tomarse por una visión



"justificaría la fama de Rivera"